

VII

Fueron para mí la cena y la velada, extraña mezcla de placer y de congoja, de satisfacción y de pena. La escena que había pasado en la huerta parecía haber roto el hielo que á Lucía y á mí nos separaba. Vinieron á ser desde entonces para mí sus atenciones más redobladas, y aun había en su voz y modales cierta manera familiar, cierto tono de confianza que me penetraban al corazón y me causaban sobresalto, cada vez que me dirigía la palabra ó me hacía objeto de sus finezas.

Pedro, entretanto, tan sencillo, tan bueno y tan campechano como siempre. No hacía mas que hablar de sus sementeras y engordas, ponderar lo mucho que había trabajado aquel día, y echarse sobre la mesa como si pretendiera acostarse en ella. Apenas fijaba la atención en su esposa, con quien solamente departía para decirle frases como estas:

—Hija, este chocolate está hirviendo.

—Cáscaras, cuán picante han hecho la salsa.

—¿Por qué no le dices á la cocinera que eche menos sal en la comida? Parece que tiene á su disposición toda la de las playas.

Y otras por el mismo jaez.

Lucía no se curaba de él para nada, y aun se olvidaba de servirle los platillos; cuando yo le pasaba los míos (como solía hacerlo), que contenían lo más florido de las fuentes, decíame la joven:

—No le pase usted; es para usted expreso. Ya vendrá otro para él.

Y luego se lo servía distraída, ó no se lo servía.

Pero él en nada reparaba, el bueno de Perico.

Cada uno de estos detalles me ponía á un tiempo mismo ufano y contristado. Las miradas á hurtadillas de la joven, sus sonrisas, la franqueza é intimidad con que empezaba á favorecerme, hacíanme ver que se iniciaba entre nosotros una inteligencia secreta, que iría creciendo de día en día. Y sentía en lo profundo de la conciencia, sensación dolorosa que me producía un malestar indecible.

Absorto en aquellos pensamientos, estuve discursivo y taciturno durante la velada.

En vano vinieron los periódicos ilustrados á ofrecer á mis ojos la lucida colección de sus hermosas estampas; en vano se tocaron en la conversación asuntos literarios, biográficos ó históricos, de los que solían interesarme vivamente; nada pudo sacarme de aquel estado de cavilación y lucha interna de ideas y sentimientos encontrados que se daban batalla en mi pensamiento y en mi corazón.

Pedro mismo, á pesar del semisopor que le embargaba, paró mientes en mi silencio y díjome:

—Amigo, te rinde el sueño; te lo echo de ver en que hablas poco y tienes los ojos pesados.

—No, repuso Lucía; es que está triste porque sin duda echa menos la compañía de otras personas....

Protesté contra una y otra afirmación, y aunque procuré poner remedio á mi mutismo, no pude lograrlo, y á poco rato volví á caer en otro ensimismamiento.

A las diez terminó la velada. Al despedirme de Lucía, parecióme observar en la mano que me tendió, una presión significativa. Perico me acompañó, como de cos-

tumbre, hasta la puerta de mi cuarto, y al dejarme díjome:

—Mañana te despertaré más temprano. Quiero que vayamos al potrero del Ojo del Agua. Verás cuantos venados hay en la cañada. Nos llevaremos las carabinas nuevas que acabo de recibir. ¡Con que á dormir para que estés listo á la madrugada!

Cuando me quedé solo y cerré la puerta, me desplomé en un sillón, y apoyando los codos en las rodillas, dejé caer la cabeza entre las manos. En aquella posición permanecí largas horas, entregado á tumultuosas meditaciones.

¿Qué pasaba por mi corazón? ¿Amaba á Lucía? ¿La aborrecía? ¿Estaba contento? ¿Sufría? ¿Qué debería hacer? ¿Quedarme? ¿Irme? ¿Qué partido tomaría? Estos y otros muchos problemas semejantes me propuse á mí mismo; y los analicé, discutí, resolví, enredé de nuevo y desenredé con febril y confuso trabajo mental, cien, doscientas, mil veces, sintiendo á cada instante agravarse el estado de mi exaltación, en tales términos que, á las veces, me sorprendí murmurando en voz alta:

—No puede ser.

—No debe ser.

—¡ Es tan hermosa !

—¡ Pobre amigo !

—¿ Qué dirá de mí ?

—¡ Dios mío, Dios mío !

Sentíame profundamente halagado por aquel afecto que había sabido encender en el pecho de joven tan hermosa y espiritual, soñadora y ardiente. Nunca lo hubiera pensado ; estaba sorprendido de mi buena estrella. ¿ No debía conceptuarme el más feliz de los mortales ?

Pero aquella felicidad no era para mí ; era para Pedro : le correspondía de derecho. Mas ¿ qué es el derecho cuando falta la voluntad ? ¿ Cómo señorear los anhelos impalpables del corazón ? ¿ Cómo encender el fuego amoroso en un pecho indiferente, con preceptos del Código ? Mi pobre amigo podría ser dueño del cuerpo de su esposa ; pero no de su alma, que se le escapaba de entre los brazos, como el viento que se burla de guardias, cerrojos y cadenas.

Pero esto no hacía al caso. Tratábase, no de saber si Pedro era ó no dueño del alma de Lucía, sino de normar mi propia conducta de un modo conveniente y decoroso. ¿ Sería yo

quien traicionara á mi hospitalario y afectuoso amigo ? ¿ Correspondería á su generosidad con una ofensa, con la más grande que pudiera hacerle ? ¿ Me prevaldría de sus mismos favores para venderle ? ¿ Le clavaría el puñal en el pecho en el momento en que levantase los brazos para enlazarme cariñosamente con ellos ?

El hombre más inculto, el más obscuro hijo de las clases desheredadas no hubiera vacilado un momento ; la probidad más rudimentaria resolvía el caso sin dificultad. Era forzoso renunciar á aquella peligrosa seducción y apartar los sedientos labios de la fuente emponzoñada que me brindaba sus ondas. El deber lo mandaba ; el honor y la amistad lo exigían Mis reflexiones y propósitos flaqueaban empero cuando pensaba en la hermosa joven, y recordaba su rostro hechicero, su voz dulcísima y el rayo enloquecedor de sus miradas. Entonces sentía languidecer mi voluntad y desfallecer mi corazón. ¿ Qué culpa tiene el acero de volar al imán ? ¿ cuál la aguja de apuntar siempre al polo ? Posee el amor atracción más violenta que el magnetismo ; así mi corazón se rehusaba á apartarse de aquella criatura incomparable,

ciega, irracionalmente, con invencible obstinación. ¡Renunciar á ella cuando era casi mía; decirla adiós cuando me llamaba! ¡No tenía fuerzas para tanto!

Así combinaba á cada momento planes diferentes, y resolvía cosas distintas. Y me entregaba á la seducción de la belleza de Lucía, y pensaba en la intensa dicha que me esperaba, si me entregaba á la corriente de mis ilusiones. Desarrollábase entonces ante mi vista un cuadro de amor espléndido, en que se realizaban los votos más fervientes de mi vida, las ilusiones más caras de mi juventud. Todo en él era para mí gloria y esplendor, triunfos é inefable ventura; no hubiera cambiado aquella felicidad por la monarquía más poderosa y celebrada de la tierra.

Pero aquel fondo de luz tenía una mancha negra; dejó de amargura infinita ocultaba en el fondo, aquel cáliz de néctar.

La bajeza de la obra.

Miraba cerca el placer, sobre altura de fácil acceso; mas para llegar á él tenía que arrastrarme como los reptiles. Erame forzoso atravesar uu mar de lodo para ganar la playa esplendorosa. Ante aquella mancha y ante aquel cieno, sublevábase en mi interior cuan-

to de noble y leal había en el fondo de mi ser.

Imaginábame vencido ya por la pasión y en plena posesión de la conquista. Mis nervios sacudidos vibraban como las cuerdas de un arpa y producían sonoridades inefables; brillaban á mis ojos deslumbrantes fulgores y mis pupilas hambrientas pedían más vivas llamaradas, hogueras más cárdenas, incendios más y más devoradores. Y soplaban por mi frente auras candentes, como de trópico, y se arremolinaban en mi torno acres perfumes, ondas cargadas de aromas, que me embriagaban y casi me privaban de sentido.

Pero, ¿y después? Una vez pasado el delirio, después que el vértigo hubiese tocado á su fin, cuando se hubiese desvanecido aquella fiesta de colores, y se hubiesen apagado en el espacio aquellas blandas músicas y desleído en la atmósfera aquellos olores suavísimos, ¿qué quedaría de todo eso? Flores marchitas, silencio y remordimiento; la tristeza de una ruina inmensa, la amargura de una infinita desolación; la sombra interior, que es la más honda y cerrada de todas, la que acompaña al hombre por don-

de quiera que va, y no le deja nunca; la que no puede ser iluminada por ninguna claridad, ni aun por la del sol, ni aun por la de las más vivas alegrías! Aquella sombra interna echaría un velo fúnebre sobre el universo y apagaría para siempre sus colores ante mis ojos; pondría un dejo de amargura en el fondo de mi copa y tornaría ingratos á mi paladar los más exquisitos elixires; me haría miserable en medio de la prosperidad y desdichado en el regazo de la fortuna.

La vida de engaños y celadas que me aguardaba, me hacía estremecer de horror. Me vería obligado á ocultarme; andaría recatándome de las miradas de todos, y las palabras y los mismos pensamientos que resonasen en mi corazón, no podrían salir nunca á mis labios, porque serían criminales.

Mi existencia se convertiría en tejido de intrigas, disimulos y mentiras degradantes; me parecería al ladrón en el asalto y al asesino en la alevosía.

Siempre que se hablase de felonías, habría de sentirme aludido, y en el fondo de la conciencia me reconocería hermano de Judas. Hasta los mendigos me parecerían dig-

nos de envidia, por estar libres del peso de mi delito; y me consideraría indigno de alternar con las gentes honradas, temiendo mancharlas con mi contacto.

Tal vez mi pobre amigo nunca llegaría á sospechar mi traición; pero ¡al precio de cuántas bajezas mías! Su ciega confianza en mi amistad, sería mi más cruel castigo. ¡Qué humillación para mí, sentir que él me había querido, y yo le había traicionado; que él me había colmado de favores, y yo le había pagado con ofensas; que él era bueno y yo malo! Siguiendo la corriente de estas ideas, hallaba que aquel hombre crédulo, feo y deshonrado, sería superior á mí, valdría más que yo. Aun cuando la comedia de decoro que siguiese representando, fuese perfecta, bien sabría yo que bajo el traje correcto y dentro de la camisa limpia y de los guantes blanquísimos, se ocultaba un ser degradado, un miserable. Y si nadie me echase en cara mi envilecimiento, me lo echaría yo mismo; y en medio del bullicio ó de la soledad, á la luz del día ó entre la sombra de la noche, no cesaría de apostrofarme gritándome: “¡infame! ¡infame!” ¡Qué importaría que nadie lo oyese, si yo lo escuchaba? Aquel

clamor íntimo me condenaría al más atroz de los menosprecios: al menosprecio de mí mismo.

En las profundidades de mi ser, en el fondo insondable donde tienen raíz los pensamientos y se confunden en abrazo misterioso los instintos con la reflexión y las ideas con las pasiones, flotaba una impresión vaga, inconsciente, que casi escapaba á mi análisis, y que me producía un malestar invencible: la repugnancia. Sí, todo aquel conjunto de cosas, aquel complejo cuadro contradictorio de luz y de sombra, de sufrimiento y de deleite, de triunfo y de envilecimiento, me repugnaba, me causaba asco....

Mas, por una extraña contradicción de mi naturaleza, y á pesar de que veía con la exageración óptica de un febricitante, las ignominias de la situación en que iba á caer, resonaba en lo más recóndito de mi ser, como clarín de guerra, este acento pujante, superior á todos los otros:

Pero.... ¡es tan hermosa!

Y ante aquella idea me sentía deslumbrado, flaqueaban mis fuerzas, se desvanecían mis propósitos, y enmudecía la voz de mi conciencia. Y delirante y enajenado, no ha-

cía mas que desear la llegada del nuevo día, para ver á la mujer encantadora, y tener con ella solitarios coloquios, y llevar hasta su término aquella soberana aventura y embriagarme de goce, enloquecer de felicidad, y olvidarme de todo en sus brazos, en aquellos brazos que me aguardaban, que veía abiertos ante mis ojos, y que estaban ansiosos por estrecharme....

Sería la media noche cuando cansado de luchar y en ese estado de semisopor que engendra la fatiga del cerebro, tuve una alucinación singular. Figuróseme ver á mi difunta y santa madre, pálida y hermosa.

—Hijo de mi corazón —oí que me dijo clavando en mí sus grandes y bellos ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras, madre mía? —la pregunté.

—Porque me olvidas —repuso. Procuré inspirate desde niño sentimientos hidalgos, é hice para tí de mi vida un constante ejemplo de aspiración á todo lo bueno. Díjete siempre que menos dolor me causarías clavándome un puñal en el pecho, que envileciéndote.

—Verdad es cuanto dices; espejo de hermosura y pureza fué tu vida.

—Pero mis palabras, como eco inútil, no resuenan ya en tu corazón. Tienes perversos propósitos y se degradan tus ideas; por eso sufro. Si me amas, levanta el pensamiento á las cimas; no naufragues en la sombra. ¡Siempre arriba, hijo mío, siempre arriba!

Tan intensa fué la impresión, que desperté sobresaltado, y abrí los ojos buscando á mi madre por la estancia. Aun tenía en los oídos el eco de su voz armoniosa.

—¡Siempre arriba, hijo mío, siempre arriba!

Silencioso y solitario estaba el aposento. Derramaba la bujía, desde lo alto del escritorio, rojiza y movable claridad, que hacía agitarse en el pavimento y sobre los muros, las sombras de los objetos con estremecimientos fantástico. Un reloj que pendía del muro, movía su incansable péndulo con ritmo soñoliento y monótono. Sus agujas apuntaban las tres de la madrugada.

No vacilé más. Levanteme apresurado, como si temiese ser sorprendido, y sentándome ante el escritorio, tomé recado de es-

cribir, y tracé con mano febril la siguiente carta:

“Querido Pedro:

“Sagrados deberes me llevan lejos de tu hogar. Mi permanencia aquí por más tiempo, implicaría perjuicios irreparables para personas que me han honrado con su confianza y á quienes soy deudor de gratitud acendrada. Conociendo tu afecto y temeroso de que tu amistosa solicitud haga flaquear mi propósito, no aguardo que vengas á llamar á mi puerta, y me voy sin darte el último abrazo. Perdóname, Perico, no me acuses de ingrato. Nunca olvidaré tu generosa hospitalidad, y tendré siempre para tí en el fondo de mi alma, un vivo é inextinguible cariño. Ve como me disculpas con tu esposa, á quien te ruego presentes mis respetos.

“Hasta la vista, querido amigo.

JULIO.”

Concluida la carta, púsela en un sobre, escribí la dirección, tomé mi sombrero y

salí de la estancia andando de puntillas. No pensé siquiera en recoger mi maleta, ni el sarape, ni la pistola; todo lo dejé en la habitación sin parar mientes en ello.

Dirigíme cautelosamente á la cuadra, eché una silla sobre el lomo de uno de los numerosos caballos que allí había, y por la puerta de campo del corral, salí de la casa. Al pasar por el postigo, despertó el mozo que le guardaba, y me preguntó con sorpresa:

--Amo, ¿qué sucede?; ¿á dónde va tan de mañana?

--Tengo precisión de ir á Zaulán,—le contesté; salgo temprano para evitar el sol.

En aquel momento me acordé de la carta. En mi precipitación, había estado á punto de llevármela en el bolsillo.

—Toma — dije al mozo alargándosela.— Cuando se levante el señor, se la entregas. ¿No se te olvidará?

—Pierda cuidado, amo, tan pronto como salga de su cuarto, la pondré en sus manos.

--Hasta la vista, pues, repuse espoleando el caballo.

--Que Dios le acompañe, amo; y vuélvase cosa de las cuatro de la tarde, para que

esté aquí al obscurer, porque el pueblo está retirado.

—Así lo haré--contestéle ya á distancia.

Dormía aún la cuadrilla. Yacía todo en reposo; estaban cerradas las puertas de los jacales, y por las callejas de la ranchería, nadie transitaba.

Elevábase de los corrales el discordante coro de los gallos, cada vez más numeroso y sucediéndose sin cesar. Ladraban algunos perros que habían notado la marcha de mi cabalgadura, y de tiempo en tiempo escuchábase el mugido melacólico de las vacas, y el bramido de los quejosos becerros separados de sus madres. A la luz de las estrellas que aun brillaban en el espacio, cojí el camino de la enercujada, que se dibujaba en medio del campo como una cinta blanca, y á gran trote proseguí la marcha, como si temiese ser perseguido. Así avancé por la llanura como una hora, hasta que subí á lo más alto de la loma que domina todo el camino hacia atrás.

Comenzaba á despuntar el día en aquellos momentos. La blanca luz del Levante tomaba poco á poco tonos naranjados, y derramábase por la campiña, partiendo del agudo

pico de montaña lejana, dudosa claridad que hacía percibir confusamente los objetos. Iba amortiguándose el fulgor de los astros, y moría su blanco centelleo ahogado en atmósfera luminosa. Detuve un momento la cabalgadura en aquel punto culminante, y volví el rostro hacia la espalda. Vi la obscura hilera de los sauces marcando el curso del río en el fondo del valle, los extensos trigales, las avenidas de los fresnos, y en medio del campo, las casas de la hacienda empuñecidas por la distancia. Y pensé en la historia de amor que allá dejaba trunca, en las delicias exquisitas que renunciaba, y en aquella mujer hermosísima que abandonaba á su suerte, en medio del desamparo del corazón y de la orfandad del alma.

Tuve un momento de vacilación. ¿Qué me costaba volver? Diría que había recibido aviso de que mi presencia en la capital no era ya necesaria, y entraría de nuevo en la corriente de aquella vida embriagadora que había comenzado á arrebatarme. Allá quedaban la juventud, la belleza, el amor, brindándome sus encantos, el paraíso terrenal abriéndome sus puertas; adelante esperabanme la soledad y el tedio de la vida. Mas pronto

dominé mi incertidumbre, y guiado por consideraciones más altas, lancé un suspiro, volví grupas á la hacienda y proseguí la interrumpida derrota.

Y en el fondo del corazón sentí una inmensa dulzura, semejante á un albor ténue y casto de auroras ideales.

